

ras dos semblantes; el uno es el símbolo de la duración oriental, y el otro el del movimiento griego. Tan grande es su movilidad, que llega á los confines del mundo; y tan agigantada su duración, que el mundo la llama eterna. Criada por el consejo divino para preparar las vías á aquel que habia de venir, su encargo providencial fué asimilarse todas las teologías, y dominar á todas las gentes. Obedeciendo á un llamamiento misterioso, todos los dioses suben al Capitolio romano: y pasmadas las gentes con un súbito terror, derriban al suelo su cerviz todos los pueblos y todas las naciones. Todas las ciudades, unas despues de otras, se ven desamparadas de sus dioses: los dioses, unos despues de otros, se ven despojados de todos sus templos y de todas sus ciudades. Su gigantesco imperio tiene por suya la legitimidad oriental, esto es la muchedumbre y la fuerza; y la legitimidad del Occidente, esto es la inteligencia y la disciplina. Por eso todo lo avasalla, y nada le resiste; todo lo tritura, y nadie se queja. De la misma manera que su teología tiene al mismo tiempo algo de diferente y algo de comun con todas las teologías, Roma tiene algo que la es propio, y mucho que la es comun con todas las ciudades vencidas por sus armas, ó deslustradas por su gloria: tiene de Esparta, la severidad; de Atenas, la cultura; de Méfis, la pompa, y la grandeza de Babilonia y de Nínive. Para decirlo todo de una vez, el Oriente es la tésis, el Occidente su antítesis, Roma la síntesis; y el romano imperio no significa otra cosa sino que la tésis oriental y la antítesis occidental han ido á perderse y á confundirse en la síntesis romana. Descompóngase ahora en sus elementos constitutivos esa poderosa síntesis, y se observará que no es síntesis en el orden político y social, sino porque lo es tambien en el orden religioso. En los pueblos orientales como en las repúblicas griegas, y en el imperio romano como en las repúblicas griegas y en los pueblos orientales, los sistemas teológicos sirven para explicar los sistemas políticos: la teología es la luz de la historia.

La grandeza romana no podia bajar del Capitolio sino por los mismos medios que la habian servido para subir á su cumbre. Nadie podia asentar su planta en Roma, sino con el permiso de sus

dioses; nadie podia escalar el Capitolio, sino derrocando antes á *Júpiter Optimo Máximo*, Los antiguos, que tenian una noticia confusa de la fuerza vital que reside en todo sistema religioso, creian que ninguna ciudad podia ser vencida si antes no era abandonada por los dioses nacionales. Seguíase de aquí, en todas las guerras de ciudad á ciudad, de pueblo á pueblo y de raza á raza, una contienda espiritual y religiosa, que seguia los mismos pasos que la material y política. Los sitiados, al mismo tiempo que resistian con el hierro, volvian los ojos á sus dioses para que no los dejaran en mísero abandono. Los sitiadores, á su vez, los conjuraban al abandono de la ciudad con misteriosas imprecaciones. Desventurada la ciudad en donde resonaba tremenda aquella voz que decia: Vuestros dioses se van; vuestros dioses os abandonan. El pueblo de Israel no podia ser vencido cuando Moisés levantaba las manos al Señor; y no podia vencer cuando las derribaba hácia el suelo. Moisés es la figura del género humano, proclamando en todas las edades, con diferentes fórmulas y de diferente manera, la omnipotencia de Dios y la dependencia del hombre, el poderío de la religion y la virtud de las plegarias.

Roma sucumbió, porque sus dioses sucumbieron; su imperio acabó, porque acabó su teología. De esta manera, la historia viene á poner como de relieve el gran principio que está en lo mas hondo del abismo de la conciencia humana.

Roma habia dado al mundo sus césares y sus dioses. Júpiter y César Augusto se habian dividido entre sí el grande imperio de las cosas humanas y divinas. El sol, que habia visto levantarse y caer agigantados imperios, no habia visto ninguno, desde el dia de su creacion, de tan augusta majestad y de tan extraña grandeza. Todas las gentes habian recibido su yugo; hasta las mas ásperas y agrestes habian doblado sus cervices: el mundo habia depuesto las armas, la tierra guardaba silencio.

Por aquel tiempo nació, en humilde establo, de padres humildes, un niño prodigioso, en la tierra de los prodigios. Decíase de él que al tiempo de aparecer entre los hombres, habia brillado una nueva estrella en el cielo; que apenas nacido, habia sido adorado

de pastores y de reyes; que espíritus angélicos habian hablado á los hombres y habian cruzado por los aires; que su nombre incommunicable y misterioso habia sido pronunciado en el principio del mundo; que los patriarcas habian aguardado su venida; que los profetas habian anunciado su reino, y que hasta las sibilas habian cantado sus victorias. Estos extraños rumores habian llegado hasta los oidos de los servidores del César, y de aquí un vago terror y sobresalto en sus pechos. Ese sobresalto y ese vago terror pasaron sin embargo muy pronto, cuando vieron que los dias y las noches proseguian como siempre su perpétua rotacion, y que el sol seguia iluminando como antes el horizonte romano. Y dijeron para sí los gobernadores imperiales: el César es inmortal, y los rumores que oimos, fueron rumores de gente asustadiza y ociosa; y así pasaron treinta años: contra las preocupaciones del vulgo hay un remedio eficaz: el desprecio y el olvido.

Pero véase aquí que, pasados treinta años, la gente descontentadiza y ociosa vuelve á buscar, en nuevos y mas extraños rumores, un nuevo alimento á sus ocios. El Niño se habia hecho hombre, al decir de las gentes; al recibir en su cabeza las aguas del Jordán, habia venido sobre él un espíritu en figura de paloma; se habian rasgado los cielos, y habia resonado una voz clamando en las alturas: «Este es mi hijo muy querido.» Entre tanto el que le bautizó, hombre austero y sombrío, habitante de los desiertos y aborrecedor del género humano, clamaba á las gentes sin cesar: «Haced penitencia;» y señalando con el dedo al niño hecho hombre, daba este testimonio de él: «Este es el cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.»— Que en todo esto habia una farsa de mal género, representada por farsantes de mala especie, era cosa que para todos los *espíritus fuertes* de aquella edad no ofrecia ningun género de duda. El pueblo judío, decian, fué siempre muy dado á sortilegios y supersticiones: en las edades pasadas, y cuando volvia sus ojos oscurecidos con el llanto hácia su abandonado templo y hácia su pátria perdida, esclavo del babilonio, un gran conquistador, anunciado por sus profetas, le habia redimido del cautiverio, y le habia devuelto á un tiempo mismo su templo y su patria: no

era pues cosa extraña, sino antes muy natural, que aguardara una nueva redencion y un nuevo libertador que quebrantara para siempre en su cerviz la dura cadena de Roma.

Si no hubiera habido mas que esto, *las gentes despreocupadas y entendidas* de aquella edad hubieran dejado caer probablemente estos rumores, como hicieron con los pasados, hasta que el tiempo, ese gran ministro de la razon humana, los hubiera desvanecido por los aires; pero no sé qué hado funesto dispuso de otra manera las cosas; porque sucedió que Jesus (este era el nombre de la persona de quien se contaban tan grandes prodigios) comenzó á enseñar una nueva doctrina, y á obrar obras espantables. Su audacia ó su locura llegó á punto de llamar hipócritas y soberbios á los soberbios é hipócritas, y blanqueados sepulcros á los que eran sepulcros blanqueados. La dureza de sus entrañas fué tan grande, que aconsejó á los pobres la paciencia, y escarneciéndolos despues, celebró su buena ventura. Para vengarse de los ricos que le tuvieron siempre en menos, les dijo: «Sed misericordiosos (1).» Condenó la fornicacion y el adulterio, y comió el pan de los fornicadores y adúlteros. Desdeñó, tan grande era su envidia, á los doctores y á los sabios; y conversó, tan ruines eran sus pensamientos, con gentes rudas y groseras. Fué tan extremado en el orgullo, que se llamó señor de las tierras, de los mares y de los cielos; y fué tan consumado en las artes de la hipocresía, que lavó los piés á unos pobres pescadores; á pesar de su austeridad estudiada, dijo que su doctrina era amor; condenó el trabajo en Marta, y santificó el ocio en María; estuvo en relaciones secretas con los espíritus infernales, y por precio de su alma recibió el don de los milagros (2). Las turbas le seguian, y le adoraban las muchedumbres.

(1) En las frases que siguen, en que se continúa narrando sucintamente los principales hechos de la vida de nuestro Señor Jesucristo, expone el autor con mayor amplitud el maligno y calumnioso lenguaje que usaban los hipócritas y los impios de aquel tiempo para contar las obras del Hombre-Dios.

(2) *Pharisæi autem dicebant: in principe demoniorum eiecit demones.* S. Mateo c. 9, v. 34.— Véase además S. Lucas, cap. 11, v. 15, y S. Marcos, cap. 3, v. 3, 4, 22.

Como se ve , á pesar de su buena voluntad , no podian permanecer por mas tiempo impasibles los guardadores de las cosas santas y de las prerogativas imperiales , responsables como eran , por razon de sus oficios , de la majestad de la religion y de la paz del Imperio. Lo que les movió principalmente á salir de su reposo , fué el aviso que tuvieron de que , por una parte , una grande multitud de gentes habia estado á punto de proclamarle rey de los judíos , y por otra , se habia llamado á sí mismo Hijo de Dios , y habia intentado apartar á los pueblos del pago de los tributos.

El que tales cosas habia dicho y el que tales obras habia obrado , era necesario que muriera *por el pueblo*. Faltaba solo justificar estos cargos , y aclarar debidamente estos puntos. Por lo tocante á los tributos , como fuese preguntado sobre el particular , dió aquella célebre respuesta con que desconcertó á los curiosos , diciéndoles: «Dad á Dios lo que es de Dios , y al César lo que es del César ;» que fué tanto como decir : «Os dejo vuestro César , y os quito vuestro Júpiter.» Preguntado por Pilatos y por el gran sacerdote , ratificó su dicho , afirmando de sí , que era el Hijo de Dios ; pero que no era de este mundo su reino. Entonces dijo Caifás : «este hombre es culpable y debe morir ;» y Pilatos al revés : «dejad libre á este hombre , porque es inocente».

Caifás , gran sacerdote , miraba la cuestion bajo el punto de vista religioso. Pilatos , hombre lego , miraba la cuestion bajo el punto de vista político. Pilatos no podia comprender qué tenia que ver el estado con la religion , César con Júpiter , la política con la teología. Caifás , por el contrario , pensaba que una nueva religion trastornaria el estado , que un nuevo Dios destronaria al César , y que la cuestion política iba envuelta en la cuestion teológica. La muchedumbre pensaba instintivamente como Caifás , y en sus roncós bramidos llamaba á Pilatos enemigo de Tiberio. La cuestion quedó en este estado por entonces.

Pilatos , tipo inmortal de los jueces corrompidos , sacrificó el Justo al miedo , y entregó á Jesus á las furias populares , y creyó purificar su conciencia lavándose las manos. El Hijo de Dios subió á la cruz , lleno de vilipendios y ludibrios : allí se levantaron

contra él con sus manos y con sus bocas los ricos y los pobres , los hipócritas y los soberbios , los sacerdotes y los sabios , las mujeres de mala vida y los hombres de mala conciencia , los adúlteros y los fornicadores. El Hijo espiró en la cruz pidiendo por sus verdugos , y encomendando su espíritu á su Padre.

Todo entró por un momento en reposo ; pero despues viéronse cosas que aun no habian visto los ojos de los hombres : la abominacion de la desolacion en el templo ; las matronas de Sion maldiciendo su fecundidad ; los sepulcros hendidos ; Jerusalem sin gente , sus muros por el suelo , su pueblo disperso por el mundo ; el mundo en armas ; las águilas de Roma dando al aire míseros alaridos ; Roma sin césares y sin dioses ; las ciudades despobladas , y poblados los desiertos ; por gobernadores de las naciones , hombres que no saben leer , vestidos de pieles ; muchedumbres obedeciendo á la voz de aquel que dijo en el Jordan , «haced penitencia ,» y á la voz de aquel otro que dijo : «el que quiera ser perfecto , que deje todas las cosas , que tome su cruz y me siga ;» y los reyes adorando la cruz , y la cruz levantada en todas partes.

¿Por qué tan grandes mudanzas y trastornos ? ¿Por qué tan grande desolacion , y tan universal cataclismo ? ¿Qué significa eso ? ¿Qué sucede ? Nada : que unos nuevos teólogos andan anunciando una nueva teología por el mundo.